

El libro de

CARMEN
LAFORET

Vista por sí misma

EDICIÓN Y TEXTOS
AGUSTÍN CEREZALES LAFORET

imago mundi

Índice

Prólogo	11
<i>Carmen Laforet. Bibliografía</i>	14
I. <i>Infancia</i>	17
II. <i>Juventud y libertad</i>	87
III. <i>Vivir y escribir</i>	159
IV. <i>Amor y amistad</i>	247
V. <i>Naturaleza y naturalidad</i>	335
VI. <i>Ser mujer</i>	405
VII. <i>Epílogo con espejos</i>	477
Agradecimientos	501

Prólogo

UN MUNDO DE NOVELISTA

Carmen Laforet se definió a sí misma como «un mundo de novelista». En eso se había convertido, en virtud de la idea de Rilke: «Amar es más bien una oportunidad, un motivo sublime que se ofrece a cada individuo para madurar y llegar a ser algo en sí mismo, para volverse mundo, todo un mundo por amor a otro».

De Rilke le gustaba citar sus *Cartas a un joven poeta*. De Virginia Woolf, su *Orlando*, que nos dice sin paliativos: «Todos los secretos de un escritor, todas las experiencias de su vida, todos los rasgos de su espíritu están patentes en su obra, y sin embargo exigimos comentarios críticos y relatos biográficos».

En este libro he aspirado a que ese mundo de novelista hable por sí mismo, y que todo comentario crítico o biográfico emane de él. También he procurado tener en cuenta algo que Carmen, a propósito de un texto inédito y autobiográfico de Antonio Machado, advirtió que convenía hacerse: comprobar «si las ideas que expone el autor y que en esta historia de su vida rozan aunque sea superficialmente todos los sectores de lo que la vida es fueron ideas, no debidas a una circunstancia pasajera, sino que sostuvo don Antonio antes y después de escribir su biografía». ¹ Al intentar seguir

¹ «El misterio Antonio Machado», artículo distribuido por la agencia Pyresa. Hacia 1967-1968.

este criterio han aparecido hilos que recorren los escritos de Carmen Laforet, abierta o discretamente, a lo largo del tiempo y a lo ancho de su obra. He señalado algunos, y no faltará lector que advierta otros por su cuenta: son la trama de un tapiz, claves de esa coherencia que se respira en el «mundo Laforet».

En algunos momentos, suelto las riendas y doy entrada explícita a mi propio punto de vista. Pido benevolencia. «Puntos de vista de una mujer», precisamente, era el título de una sección semanal que sostuvo en la revista *Destino* entre 1948 y 1953. Su reciente publicación nos ha abierto los ojos a una Laforet casi insospechada. Falta todavía mucho por desenterrar: se calcula que escribió más de cuatrocientos artículos a lo largo de medio siglo. He recurrido a ellos ampliamente. Muchos son «estampas», a mitad de camino entre el cuento y el poema en prosa.

Me ha dolido tener que usar las tijeras, y para compensar un poco, en cada parte ofrecemos varios textos completos. En esas páginas de fondo azul he privilegiado artículos de otras épocas, que a efectos prácticos nos resultan hoy inéditos, ya que los de «Puntos de vista de una mujer» están, como las novelas y los cuentos, al alcance de la mano.

Fotografías y documentos ilustran y acompañan a textos y conforman, de modo casi espontáneo, un recorrido vital. Aquí debo decir algo que me parece importante. Se ha especulado mucho sobre los «silencios» de Carmen Laforet, periodos en los que no escribía o no publicaba, o huía de la vida pública. Ella misma nos dirá sus porqués, pero hay uno de esos «silencios», el silencio final, que no pudo explicarse satisfactoriamente. Yo nunca creí, conociéndola, que obedeciera a inhibición o temor de ninguna clase, a de-

bilidad de carácter o trauma psicológico, pero esa idea ha ido tejiendo un tópico que la desfigura. Hoy sabemos que la dolencia que la redujo al silencio en los últimos años de su vida era con toda probabilidad una afasia primaria progresiva. Según me explica el doctor Antonio Gil Nagel, eminente neurólogo, el síndrome de Mesulam proviene de una lesión localizada en el lóbulo temporal izquierdo. Poco frecuente, no descrito ni identificado hasta los años ochenta, no es alzhéimer ni cursa como tal, sino que puede empezar a manifestarse insidiosa, casi indetectablemente muy pronto, cuarenta años antes de su desenlace, y se caracteriza por una afasia, una progresiva dificultad en el habla o la escritura, sin pérdida, no obstante, de capacidad intelectual ni afectiva: lo que Carmen describe como «enmohecimiento» en los años setenta y «grafofobia» algo después explica que, pese a todas sus previsiones y su lucha denodada, publicara su última novela, *La insolación*, en 1963. A partir de ese momento solo tenemos reportajes o artículos —magníficos, por cierto— y una novela, *Al volver la esquina*, que terminó hacia 1976 pero no quiso publicar, sin duda a falta de poder llevar a cabo esa última lectura, profunda y cabal, que le garantizara su excelencia.

Dicho esto, volvamos a este libro en concreto. Nos embarcamos en una conversación. Puede leerse, puede hojearse, puede empezarse por un lugar o por otro, incluso por el principio. En lo que a mí respecta, la pregunta es: ¿dónde cantan los pájaros que cantan? Un duende nos dice que en la página 113, y luego salta a la 51, y luego... Pero cada cual tendrá sus propias preguntas, su propio recorrido. A todos, buen viaje.